

Aire de contrarrevolución. La ciudad biopolítica

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

Recibido: 30/03/2016

Aceptado: 29/04/2016

Resumen. Hacia fines de siglo XX, la frontera territorial que alguna vez le sirvió a la literatura para repartir cuerpos y significados adentro y afuera del orden nacional-estatal se transforma ahora en una línea de vida que pasa por los cuerpos, separando brutalmente sobre el continuum de lo viviente ciudadanos de poblaciones encerradas 'afuera' del Estado, confinadas en tanto *nuda vida* a la esfera prepolítica de la reproducción de lo viviente. Así, en la ciudad en ruinas de *El aire* lo más importante parece ser lo biológico, lo somático, la realidad biopolítica de lo corporal como objeto de una nueva territorialización del poder que es también un nuevo régimen de significación de la novela.

Palabras clave: Chejfec - ficciones biopolíticas - cuerpo y poder - neoliberalismo - narrativa de la crisis

Abstract. By the end of the twentieth century, the territorial border that once served the literature to distribute bodies and meanings inside and outside of the national-state order is now transformed into a living line passing through bodies reduced to the bare life of population. Detached from citizenship rights, populations are enclosed in the outside, confined to the pre-political sphere of reproduction of the living. Thus, in the ruined city of Sergio Chejfec's *El aire* the most important it seems to be the biopolitical reality of the body as an object of a new territorialisation of power which is also a new regime of significance of the novel.

Keywords: Chejfec - Biopolitical fictions - Body and power - Neoliberalism - Narrative of crisis

¿Qué estaba por pasar en el orden de la ficción política cuando, según un régimen de significación que hoy puede parecer muy lejano, se decía que había “aire de revolución”? Leemos por ejemplo en *Diario de la guerra del cerdo* de Adolfo Bioy Casares que la ciudad se despertaba “con ese aire raro de los días de la revolución” (1969: 77), un enrarecimiento del fluir temporal que anunciaba la violencia de las patotas. Algo iba a suceder, un desencadenamiento de fuerzas represivas tensadas al máximo que terminaría, una vez más, con el estado afuera de la ley ejerciendo la violencia soberana sobre una sociedad de sujetos constituidos por la represión y el miedo.

Si en la ciudad militarizada de la dictadura el aire se espesaba cuando algo estaba por pasar, en la ciudad neoliberal de los años 90 algo pasó, una alteración permanente e invisible del presente, una atmósfera saturada de incertidumbre económica y señales de derrumbe que, sin suspenso, vino a implantarse como una imperfección definitiva al nivel del tejido sensible de la realidad. Es la distancia que va, por ejemplo, de los asesinatos de caballos de *Nadie nada nunca* de Juan José Saer, cargados de presagios, a *El aire* de Sergio Chejfec, una de esas ficciones políticas que, muy tempranamente, se hicieron cargo del registro de la crisis ensayando con la temporalidad del ‘fin de la historia’ que domina la imaginación neoliberal y sus dispositivos audiovisuales de producción de realidad.

La modernización neoliberal –vienen a hacer visible estas ficciones– produce degradación acumulativa y desorden, estados de agonía y en agonía, ciudades sin inclusión progresiva recorridas por violentas y sigilosas líneas de fractura social, en las que el trabajo “ya no sirve para formular identidades y proyectos de vida” (Ludmer, 2010: 103). Así, ya en 1992, una novela como *El aire* logra captar en clave afectiva –esto es, en clave de inminencia del sentido– “la agotadora tensión” (13) de una época envuelta en el aire de contrarrevolución de las “democracias sin derechos” de la América Latina de los años 90 (Marazzi, 2011: 143). Porque el aire de la novela de Chejfec es el de la ciudad biopolítica –una ciudad de sujetos aislados, donde la fuerza de separación viene del mercado y de una política económica que tomó a su cargo la producción y regulación de la subjetividad. Hacia fines del siglo veinte, el totalitarismo ha migrado del campo de la esfera estatal al campo de una economía precarizada que produce inseguridad, inestabilidad y pobreza en torno a cuerpos que la hiperinflación, el desem-

pleo y la precarización laboral empujan hacia el lado “invivable de la vida” que Osvaldo Lamborghini identificaba con la vida misma en lo que ésta tiene de repetición y desnudez, de naturaleza común a todos.

Saturada por nuevos mecanismos de poder, esa misma vida, fue también la materia de una literatura que ensayó formas de localizar y desmontar las operaciones biopolíticas fundamentales. Así, en la ciudad ruralizada de *El aire* lo más importante parece ser lo biológico, lo somático, la realidad biopolítica de lo corporal como objeto de una nueva territorialización del poder que es también un nuevo régimen de significación. En efecto, de los espacios-territorio, estabilizados dentro de límites por operaciones de producción y reproducción de ciudadanía y autoridad, pasamos a espacios de exclusión cargados de vida, espacios-población (Cavalletti, 2010: 151) codificados bajo el signo del capital en su etapa de reconversión neoliberal donde se aplica, sin las mediaciones políticas de la sociedad estatal, ese “hacer vivir”¹ selectivo y jerárquico que en el mapa de lo social separa y distribuye personas y no-personas, *bíos* y *zoé*, sujetos y cuerpos, ciudadanía y población, a un lado y otro de una frontera que es menos geográfica que biopolítica (Colectivo Situaciones, 2002: 25).

La frontera territorial que alguna vez le sirvió a la literatura para repartir cuerpos y significados adentro y afuera del orden nacional-estatal se transforma ahora en una línea de vida que pasa por los cuerpos, separando brutalmente sobre el continuum de lo viviente ciudadanos de poblaciones encerradas ‘afuera’ del Estado, confinadas en tanto *nuda vida* a la esfera prepolítica de la reproducción de lo viviente.

Salir a respirar

Esa vida impersonal y a-subjetiva que prolifera con la crisis es la materia de

¹ Entre 1976 y 1980, a lo largo de sus seminarios en el Collège de France *Hay que defender la sociedad, Seguridad, territorio, población, El nacimiento de la biopolítica y Del gobierno de los vivos*, Foucault descubre confundida con las micro prácticas de la disciplina una macroeconomía “biopolítica” del poder que no trabaja al nivel individual de los cuerpos sino sobre el espacio múltiple y heterogéneo de la vida biológica de la población. “Podría decirse que el viejo derecho de *hacer morir o dejar vivir*”, escribe Foucault en 1976 en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, “fue reemplazado por el poder de *hacer vivir* o de *rechazar* hacia la muerte” (167).

la que está hecha la figura de Barroso, el protagonista de *El aire*. Hace tres días que su esposa Benavente lo abandonó sin anuncio previo y un incendio en la oficina lo apartó temporariamente del mundo del trabajo y las repeticiones del hábito. La cuerda de la vida doméstica se rompió, y Barroso, cautivo de “un esquema de tiempo extranjero” que ignora “frecuencias, ritmos y ciclos, todo aquello que permite discriminar el presente del pasado y del futuro” (2008: 107), va resbalando inexorablemente hacia un abismo de extrañamiento que la desocupación y la soledad abrieron bajo sus pies. Estamos afuera del mundo del trabajo, sin estructuras ni horarios, un mundo donde el trabajo terminó y el abandono y la precariedad se han vuelto la norma –un territorio inestable, arrasado por la hiperinflación y las recetas de ajuste neoliberales, repleto de familias de desocupados y niños de la calle asomándose a los contenedores de basura en busca de botellas de vidrio que luego canjean por mercancías.

En éxodo forzoso hacia la zona inestable de los “indefinidos sociales”², Barroso, con el fracaso amoroso a cuesta, se irá internando de a poco en una comunidad de excluidos, para dejarse vivir por los mismos mecanismos ordenadores de cuerpos y sentidos que constituyen lo real, y ensayar entre ellos con nuevos modos de decir y nuevas formas de percepción. Y lo que Barroso ve, en un vagabundeo “con la mente en blanco” (44) que tiene mucho del merodeo confuso de un sonámbulo, es un territorio en ruinas, cargado de una vida turbulenta, hacinada en conventillos y barrios marginales donde el paisaje urbano se desarticula y fragmenta según esas dislocaciones espaciales permanentes de las grandes ciudades latinoamericanas de nuestro fin de siglo –megalópolis desindustrializadas híper degradadas, convertidas en vertederos para una población excedente sin ningún tipo de protección que se aferra a grietas de supervivencia informal (Davis, 2004: 17).

La ciudad biopolítica se define a partir de un problema de circulación, no de cuadrículados disciplinarios. Tribus nómades de nuevos pobres, sin trabajo ni techo, desconectada de modo permanente de la economía formal, deambulan al

² Escribe Marcelo Cohen en “Volubilidad”, uno de los cuentos de *El fin de lo mismo*, no muy lejos del mundo ficcional de *El aire*: “Una maciza hueste de espectros, exilada de la representación noticiosa, vivía como macilla en los intersticios del cuerpo consumidor: el estado los denominaba *indefinidos sociales*” (187-188).

estilo zombi entre las ruinas de edificaciones desperdigadas por terrenos inabarcables, donde “no existían los techos, sólo paredes, pilotes y vigas” (60), o que acampan a la intemperie en lo que aparenta ser un “picnic interminable” o un “desalojo masivo”, limitándose a extender “sábanas sobre la tierra y echarse a descansar, comer y hacer sus cosas, o sea, vivir” (136). Prisioneros del exterior, vivir es para ellos vivir afuera, aplastados por una acumulación exasperante de privaciones y tiempo vacío que lo disuelve todo en una atmósfera de indeterminación e inminencia.

Días extraños

Sin reacción ni respuesta, Barroso queda hundido en el “vacío cronológico” (45) que le impuso Benavente con su partida intempestiva. La experiencia del no paso del tiempo, convertido en una serie de presentes puros abrumadoramente materiales, convierte los días de Barroso “en un merodeo confuso” (45) por lo indeterminado e inacabado de un tiempo que resbala sobre sí mismo: un tiempo barroso como su nombre, desarticulado y descategorizado, sin una columna vertebral que organice las acciones en el antes y después de una subjetividad clásica. Se trata de una experiencia del tiempo como tensión y duración incesante, insoportable para un hombre de magnitudes como Barroso, atado al espacio local por la manía de medirlo todo. Por medio de distancias, cantidades, tamaños, Barroso busca que la realidad se pliegue a sus cálculos: la altura del balcón, el volumen de aire que contiene un envase, la cantidad de materia desprendida de una pila de platos sucios, el agua que había utilizado en lavarlos. Pero la pregunta por la duración del presente –“¿Cuánto dura el presente?” (51)– no se deja contestar.

Al férreo desarrollo temporal de la novela de personajes y acciones, *El aire* opone la falta de plan de un relato saturado de cosas producidas una tras otra por el sencillo paso del tiempo –cambios de luz, cansancio físico, sueño, hambre, dolor, ensoñaciones y recuerdos, acontecimientos sensibles absolutamente impersonales, donde el principio de acción que gobierna las intrigas se disuelve en lo infinitamente pequeño de sensaciones prosaicas y acciones nimias sucediéndose imperceptible y naturalmente hasta confundirse con el transcurso monótono de días. Sin horarios ni calendarios, las dimensiones trágicas del acontecimiento se

disuelven en una “seguidilla de pérdidas, retrasos, equivocaciones y urgencias” (73) que envuelve todo en una atmósfera sobrecargada de contratiempos minúsculos, pequeños accidentes o microscópicos gags que entorpecen la cotidianidad de Barroso: una pileta repleta de platos sucios que rebalsa de agua y le empapa los zapatos, un sobre que se pierde de vista, una puerta que se atora, la espera de un ascensor que no viene, un corte en el suministro de agua.

Cuando la “angustia de carecer de medida” (27) lo desborde y la ausencia acumulada de Benavente vuelva el aire del departamento irrespirable, cuando la pesadez del aire se vuelva corporal, Barroso sale a la calle a caminar por un espacio tan extenso y disponible como la franja de tiempo local en la que habita, “igual a la ciudad que, pensaba, más allá del balcón dispersaba y reproducía su misma geografía sin interrupción” (32). Vivir afuera es para Barroso decantar hacia lo informe e inacabado de un tiempo y espacio sin medida, en un vagabundeo con la mente en blanco que tiene algo de *flânerie* infernal por una realidad lacunar y dispersiva donde el lazo social se ha disuelto y hasta el dinero como equivalente universal de las seres y las cosas había dejado de circular³.

Convertido en un gran campo de basura, entre ruinas de viejos edificios y zonas de derrumbe, el espacio social urbano se deshace no menos que la historia en trayectorias azarosas de agregados confusos de cuerpos que resbalan hacia un territorio ajeno al espacio geométrico y geográfico de los mapas de lo reconocible y lo nombrable –la espacialidad transhumante, local, errante, del caminante a la deriva que se pierde en “la inmensa experiencia social de la privación de lugar” (De Certeau, 1990: 155). Son caminatas de autista por espacios inconmensurables, abiertos, a lo largo de las cuales los encadenamiento de causas y efectos que aseguran la inteligibilidad de un relato han sido reemplazadas por desplazamientos al azar de figuras ausentes por espacios cualesquiera, en ruptu-

³ Acerca de la representación del dinero en *El aire*, ver Alejandra Laera, *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*. Para Laera, la ciudad de *El aire* es una ficción del dinero de nuestro fin de siglo que imagina el fin del proyecto moderno como una clausura de toda posibilidad de circulación, donde la falta de moneda “circulante” transforma la relación entre literatura, sociedad y dinero. En la novela de Chejfec “el sistema circulatorio, el del dinero, el de la ciudad, el del individuo hacen eclosión casi al mismo tiempo” (66). En este sentido, Laera opone el cuerpo inmóvil y agonizante de Barroso a la movilidad de los flujos globales de capitales.

ra con el antiguo realismo de los lugares.

En estado de vagabundeo, Barroso “vagó sin pensar, o divagó sin atender que caminaba” (36) por un espacio nómada, entre multitudes solitarias de cuerpos “organizados en constelaciones [que] caminaban ausentes, disponibles y aparentemente dispersos, alejados entre sí varios metros hacia todas direcciones, pero avanzando sin alterar el diagrama hipotético que diseñaban sus lugares” (119). La misma distribución de cuerpos por un espacio liso y abierto, diferente del espacio mensurable y estriado del urbanismo, se repite en las tomas de manzanas demolidas o terrenos vacíos, divididos en “lotes imaginarios y una zonificación como de mentira” (136) hecha de sábanas y líneas virtuales de artefactos inútiles que no llegan a disolver el bloque de aire vacío que se extiende por una “ciudad en remisión” que vuelve al desierto contra el que había sido fundada (172).

Literatura y vida

De la precariedad de Barroso, donde “precarización” significa “vivir con lo impredecible, con la contingencia” (Lorei 8), depende la fuerza narrativa de una novela que trabaja por desviación y descomposición de lugares y sentidos. Esa emergencia de una discontinuidad en la experiencia, esos desvíos mínimos de las repeticiones del hábito, inclinan el texto hacia un plano contiguo donde se juega para Chejfec la posibilidad de una literatura local, desnacionalizada, que “desprecie la lejanía exotista y al mismo tiempo eluda las amenazas de identificación lineal” (2005: 31-32). La descripción y el relato de lo lateral y lo descentrado, la pérdida de dimensión narrativa, sirven para explorar un espacio en descomposición, atravesado por cadenas de percepciones y afectos a través de los cuales el mundo exterior penetra los cuerpos y se enreda con un hilo mental “en cuyo interior los pensamientos y las ideas intentaban desarrollarse sin éxito” (53). El precio será la degradación de Barroso, el devenir irreversible que lo saca de sí mismo y lo sumerge en las diferencias salvajes de una vida –un medio poblado de intensidades y pulsiones elementales como el hambre, la falta de sueño, el cansancio, el deterioro de la salud, la explotación, la degradación corporal o el miedo ubicuo de quien quedó expuesto a la contingencia, a la pérdida de todo marco de seguridad, de toda orientación y todo sentido del orden.

La producción capitalista se ha apropiado de la urbe, cuyos espacios y modos de habitar se vuelven instrumentos de las clases dominantes. Inseparable de la organización social de las necesidades, la precarización dejó de ser un fenómeno marginal para convertirse en instrumento de gobierno y de control de las poblaciones, según un nuevo régimen de producción de subjetividad y de realidad que extiende la inseguridad a la totalidad de la existencia. Así, en los mundos surgidos de la crisis, una vida está por todos lados: entre las multitudes de caminantes ocupando las veredas y la calzada a altas horas de la noche, revolviendo la basura o conversando frente a las vidrieras iluminadas de los negocios de productos fuera de su alcance; en el hacinamiento de los conventillos, una zona superpoblada, deteriorada y febril; en los ranchos improvisados sobre las azoteas, donde el tiempo vacío de la desocupación va derrumbando subjetivamente a hombres –el clásico trabajador asalariado, masculino, nacional– que, paralizados por el miedo a lo incalculable, dejaron de salir a buscar trabajo.

El aire tarda apenas unas líneas en hacer surgir el artículo indefinido que arrancará la vida del campo personal del individuo –la biografía de Barroso– para internarse en lo que Deleuze llamaba, de manera impersonal, una vida⁴: “el libro prefiguraba una vida” (13), medita Barroso acerca de la cita que está leyendo ni bien comienza la novela, una cita acerca del presente como tensión y aislamiento, como “una burbuja suspendida en el aire” (13) que la novela hará durar hasta que lo invivable de la vida, la atmósfera irrespirable de abandono y deterioro que lo va envolviendo todo, se vuelva insoportable. La cita es premonitoria porque, lenta e imperceptiblemente, las palabras se irán deslizando hacia la materia indecisa y múltiple, desestratificada y vaciada de atributos personales que explora la novela: el plano por el que Barroso se arrastra penosamente convertido en una vida y nada más, ausente de sí mismo, deformado por medio de una

⁴ Con *una* vida, Deleuze no se refiere a la vida como núcleo o esencia, como un atributo individual que alguien o algo tienen y por consiguiente pueden perder. En su indefinición e indeterminación, *una* vida remite, por el contrario, a la realidad de lo virtual, un puro horizonte impersonal de variación que más que cerrarse sobre una forma, se afirma como apertura y potencia de invención pre-personal y a-subjetiva. Ver Gilles Deleuze, “La inmanencia: una vida...” (2007).

sintaxis hecha de indeterminación calculada y lúcida imprecisión, sin los contornos que corresponden a la forma individual de la identidad y del individuo⁵.

Cuando *El aire* se termine, las palabras de la cita del comienzo, ahora sin comillas, recaerán sobre Barroso que, hundido en la inmensidad del tiempo vacío de la ausencia y la soledad, yace entre la vida y la muerte entregado a una vida impersonal que lo atraviesa de punta a punta. Del libro a una vida hay un devenir constante, como si el cuerpo de Barroso se fuera vaciando de sí mismo; como si en medio de vómitos, hemorragias y desmayos, después de haber tenido hambre, de que le corten el agua, de no haber podido pagar en el supermercado por falta de dinero, de caminar la noche entera buscando botellas y dormir a la intemperie sentado en el umbral de una casa desconocida, a Barroso se le fuera la vida en lo que ésta tiene de individual, para hacer subir a la superficie su rasgo común, aquello compartido por todos: el cuerpo común de la especie⁶.

Captado, invadido, contagiado por ese afuera que lo arrastra y lo saca fuera de sí, en un estado agonizante, Barroso va siendo lentamente “rechazado hacia la muerte” –para utilizar la expresión de Foucault⁷– por un poder que más allá de los límites de la ciudadanía y el individuo productivo, abandona activamente a su suerte vidas indeseables producidas como mero residuo o deshecho, incluidas en el orden socioeconómico neoliberal mediante su invisibilización, exclusión y precarización. En una de sus rondas nocturnas, Barroso alcanza los confines de su barrio para descubrir el umbral mismo de lo socialmente legible: “Barroso se detuvo al llegar a una esquina: cruzando la calle comenzaba la oscuridad, una zona no iluminada... Había una línea definida pero intangible que

⁵ En un comentario de Giorgio Agamben al texto de Gilles Deleuze, el pensador italiano recurre a Spinoza y a la gramática ladina del infinitivo *pasearse* de la que el filósofo holandés, de origen sefardí-portugués, se sirvió para darle expresión verbal a la inmanencia de una vida: “el ser como *pasearse*”, sostiene Agamben, en tanto en el infinitivo, agente y paciente, activo y pasivo, sujeto y objeto, dejan de distinguirse uno de otro, así como potencia y acto entran en una zona de absoluta indeterminación. Ver Giorgio Agamben, “La inmanencia absoluta” (85).

⁶ Ver Gabriel Giorgi, *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Giorgi encuentra en la cultura latinoamericana del último cuarto del siglo XX una imaginación de lo político que, en el reverso de la ciudadanía y el individuo productivo, hace de lo viviente del cuerpo animal de la especie el núcleo de las preocupaciones del poder.

⁷ Ver nota 1.

dividía la penumbra de la zona iluminada; se veía a personas que de pronto emergían desde la masa oscura y personas en la cual de repente y *sin mediaciones* entraban, desapareciendo” (39). Inmóvil en el umbral, la narración no le da a Barroso la menor chance de ver en esa boca negra que expulsaba y tragaba personas una alegoría del estado en el que él mismo se encontraba. ¿Pero la advertencia del narrador no tiene algo de denegatorio? Señala una correspondencia entre el hundimiento subjetivo de Barroso y la descomposición de lo social, el deterioro de la ciudad acompañando el propio, para inmediatamente descartarlo. Pero deja la sospecha, como quien dice, flotando en el aire, porque revela, en el desorden del paisaje, el límite del pensamiento y de la representación, la caída de Barroso en lo irrepresentable de un universo que no es el de los sociólogos ni el de los medios. Ese agujero oscuro por el que se escapa la vida, ese umbral de precarización de la vida “sin mediaciones” a través del cual un cuerpo pierde o adquiere en sus idas y vueltas una forma humana reconocible, está marcando la frontera entre *bios* y *zoé* —una frontera “definida pero intangible” entre la vida políticamente cualificada de lo que una sociedad reconoce como persona y la vida no personal del sujeto, la vida no apropiable del cuerpo viviente en tanto forma común. Son zonas de intensidad biopolítica, fronteras de seguridad más o menos permeables, más o menos porosas y móviles, que están al mismo tiempo adentro y afuera de los confines territoriales de la ciudad moderna: fronteras biopolíticas, que pasan por el cuerpo común de seres que respiran el mismo aire y comparten un mismo modo de vida, a la intemperie de cualquier forma de amparo o inclusión, desbordando las coordenadas urbanas clásicas.

Papel absorbente

A lo difuso de un poder que trabaja al borde de la presencia con umbrales de percepción y de precariedad inducida y administrada localmente, la literatura de Chefec opone el papel absorbente de una literatura que documenta la materialidad transitoria de un presente que decanta hacia lo no estratificado y lo informe. El escritor no inventa nada: con acontecimientos cuyo sentido es problemático construye en el aire frágiles instalaciones verbales, perforadas y abiertas, hechas de climas y constelaciones de detalles sin función narrativa precisa que, más que sostener, constituyen la ruina de la representación realista.

En una totalidad abierta, de tipo atmosférico, no hay tanto representación de la realidad como registro, captura, absorción y contagio de intensidades: Barroso pliega contextos como una membrana absorbente o una esponja que se empa de las intensidades de lo viviente, a partir de las cuales almas prosaicas como la suya, hundidas en la reproducción de la vida, revelan mundos⁸. La “impermeabilidad de su piel” (25) que Barroso encontraba fascinante mientras el agua de la canilla se deslizaba entre sus dedos es tan sólo una apariencia que queda desmentida más tarde por los dedos manchados de tinta que Barroso se limpia con una esponja húmeda (49).

Un rato antes, dispuesto a empezar el día con un baño, Barroso queda desconcertado al descubrir que no salía agua de la canilla de la ducha: habían cortado el agua, o como se decía en el lenguaje de su infancia, “se fue el agua” (47). Esas alteraciones mínimas del orden causal, como abrir una canilla y aguardar en vano que salga el agua o descubrir frente a la cajera del supermercado que no tenemos dinero encima, van acumulándose como microescenas de miedo o de “colapso general” por una realidad que a cada momento amenazaba “con revertirse como un guante” (77).

El abandono de Benavente puso el mundo de Barroso en variación, liberando ese poder de significación inherente a las cosas mudas cuando se ponen a hablar en una lengua hecha menos de signos lingüísticos que de índices de extrañamiento depositándose sobre los seres y las cosas, sin imponerle una forma o una significación inequívoca. Fuera de sí, en el departamento o en la calle, lo imposible ocurre a cada instante, en cualquier parte de una ciudad que parecía estar cambiando: “había situaciones que no coincidían con la actualidad; había cuadras desplazadas del tiempo, pertenecientes a una cronología extranjera” (122). El extrañamiento está afuera, en esas bifurcaciones temporales, depositándose sobre la realidad bajo la forma de indicios inestables que inscriben materialmente “lo que no tiene espacio en el sistema de realidad” (Ranciére 106), lo que

⁸ Acerca de una literatura de fin de siglo (Sergio Chejfec, Caio Fernando Abreu, César Aira, Joao Gilberto Noll, Luiz Ruffato) que adopta registros, soportes y modos de significación documentales para intervenir y transformar el campo tradicional de representación de lo social, ver Luz Horne, *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea*.

siempre había estado allí y nunca habíamos visto, al borde de la presencia, para lo que todavía no hay un nombre. “Señor, hace años que compro con vidrio” (82) –le avisa alguien a Barroso, para quien el pago con vidrio en reemplazo del dinero constituye una novedad impensada.

Literatura documental

Los signos que envuelven a Barroso son índices de afección que van arruinando poco a poco su salud: Barroso está expuesto a una lectura permanente de la realidad, que emite signos que se le adhieren en la piel, entran por los ojos, impactan en el cuerpo. Parafraseando a Frederic Jameson (1990: 57), la historia es lo que duele a través de sus signos –objetos y acciones mínimas que “apuntaban hacia él, alcanzándolo y perjudicándolo” a cada instante como “proyectiles lanzados contra su figura” (173), mientras se pasea entre las ruinas de arquitecturas demolidas o recorre, cada mañana, las pilas de diarios viejos que le manchan los dedos de tinta. Como si los signos se difundieran por ósmosis, “la lectura perduraba en la piel de Barroso” (48), que día tras día, en un estado de distracción que repite las caminatas al azar, hojeaba semanas y meses enteros de noticias, dejando vagar la vista por titulares, fotografías y notas antiguas desplegadas en series caóticas y aisladas flotando en el tiempo paralelo, remoto e irreal de la prensa.

Archivos de los signos de una época, las pilas de diarios registran documentalmente la materialidad transitoria del mundo, reteniendo el presente en lo que éste tiene no tanto de nuevo como de ya-pasado. Porque en el tiempo desarticulado de la prensa antigua, la historia más reciente se vuelve arcaica y remota. Así, Barroso encontrará en los diarios un modo de desactualizarse y alejarse “de esa actualidad continúa, obligatoria, extendida y proliferante cuyo definitivo vacío siempre había presentado para Barroso dificultades insalvables de comprensión” (47). Todos esos paisajes oníricos que Barroso recorre como un sonámbulo, todas esas transformaciones silenciosas de la realidad que Barroso, entre atontado y perplejo, registra con ojos extrañados, lo hunden en un permanente estado de *déjà vu* que es en realidad un *déjà lu*, en tanto remite a lo leído y olvidado: avisos de doble página en los diarios anunciando “Vidrio es dinero” (74), notas sobre el trabajo infantil; sobre los nuevos pobres y sus prácticas de lo

cotidiano, que van de la recolección de botellas hasta la ocupación de terrenos baldíos; sobre la desaparición de los trolebuses uruguayos; sobre la proliferación de huertos orgánicos en los balcones de los edificios; sobre la decadencia del fútbol. Todo lo que Barroso descubre a lo largo de sus expediciones por la ciudad estaba ya documentado, escondido a la vista en algún rincón de un diario. De hecho, su memoria afectiva ya lo había registrado: sus dedos sucios de tinta “de algún modo contenían la información que (...) acababa de hojear” (75) –información que Barroso verifica de manera imprevista en cada uno de esos momentos de peligro en los que lo increíble de, por ejemplo, una inmensa villa miseria flotando en el aire de la ciudad, “se había convertido no sólo en creíble, sino en verdad” (66).

Venirse abajo: terrazas

Las palabras y los signos llegan antes que las transformaciones de los cuerpos y de las cosas: circulan por el aire, flotando sobre el orden de la realidad de los cuerpos y el orden de cosas que las encarnan, para expresar el presente como cambio. No son el reflejo de algo real, no responden a una causalidad realista; más bien, hacen ver según una lógica profética o propiciadora que tiene mucho de la causalidad invertida y múltiple de la magia⁹, procesos de cambios que no tienen lugar en el mapa de lo visible, lo pensable y lo que es dado a sentir en general.

En este sentido, la política de novelas como *El aire* está ligada a la creación de una bifurcación que ponga en tela de juicio la correspondencia entre la escala de lo que se ve y lo que se dice, entre cuerpos y sentidos. De acuerdo a su sistema de realidad, hecho de magnitudes y mediciones constantes, lo que Barroso vive entre atontado y perplejo es imposible. Sin embargo, desde la partida de Benavente, lo imposible ocurre todo el tiempo bajo la forma anticipatoria de la palabra. Un artículo que lee Barroso sobre la “tugurización de las azoteas” (63), por ejemplo,

⁹ La referencia de la magia como modelo de la “causalidad narrativa” remite por supuesto a Jorge Luis Borges, que escribió que “la magia es la coronación o pesadilla de lo causal, no su contradicción. Esa peligrosa armonía, esa frenética y precisa causalidad, manda en la novela también”. Ver Borges, “El arte narrativo y la magia” 89.

capta tanto la novedad como la invisibilidad de un fenómeno alojado en las terrazas de los edificios, que desde la calle pasa totalmente desapercibido. Las terrazas de las casas y los edificios de los barrios céntricos se llenan de familias de desocupados¹⁰ que levantan en el aire viviendas precarias hechas con tablas, chapas y ladrillos sin revocar. Se trata de una modificación invisible del “paisaje ‘aéreo’ de la ciudad” (65), una capa de vida invisible flotando en un limbo de desocupación y privaciones por encima de nuestras cabezas, a la que sólo se accede ascendiendo por la escalera de lo visible. La pobreza asciende en una ciudad cuyos espacios se “conurbanizan”, según una suerte de “colonización inversa” (Gago 248) que tiñe con los tonos y las lógicas de los barrios periféricos el centro de la urbe, donde el transporte, los servicios públicos y la seguridad en general, aunque ruinosas, todavía existen.

Además de los techos y las terrazas, lee Barroso en el periódico, también había zonas semidemolidas del casco céntrico cubiertas de ruinas que gozaban todavía de comunicaciones y servicios que la periferia urbana había dejado de brindar. Cargados todavía con los escasos restos de una vida de bienestar perdida, los nuevos pobres ocupaban el aire vacío de terrenos fiscales o privados, sin la menor competencia como para construir o levantar la más elemental de las vallas que permitiera repartir un terreno eminentemente biopolítico –espacios abiertos, demográficos, probabilísticos, sin cuadricular, que conllevan grados de densidad y de escasez, de salud y enfermedad, de movilidad y de fijeza.

Nadie denunciaba ni pretendía expulsar a los nuevos pobladores, sigue leyendo Barroso, en una ciudad sin ley ni transgresión, donde la exclusión queda de algún modo incluida –legalizada, admitida– como “una incapacidad individual” más que como una falla social de carácter permanente (139). Porque a diferencia de la clásica producción de espacios de las barriadas populares, autoconstruidas por sus propios habitantes a partir de prácticas y saberes tradicionales –entre los que se cuenta poder fabricar una vivienda con chapas y ladri-

¹⁰ Como si fuera una de las notas que lee Barroso en la prensa, Mike Davis observa que “en El Cairo y en Phnon Penh, los recién llegados a la ciudad ocupan o alquilan un espacio en las azoteas, creando villas miseria en el aire” (13). Ver Mike Davis, “Planeta villa miseria. Involución urbana y proletariado informal”.

llos—, las personas que ocupaban las azoteas o los baldíos “no sólo no sabían levantar una casa precaria, sino que también ignoraban las menores nociones de las alternativas y desafíos que representaban la vida al aire libre” (135), lo que convertía el acampe en “colonizaciones sin consumación” (138), carentes de ese rasgo de futuridad que la llanura bonaerense supo tener alguna vez en los imaginarios modernizadores.

La pampeanización de Buenos Aires

Como los antiguos viajeros del siglo XIX, cautivos del poder de extrañamiento de una llanura que, a pesar de la cercanía objetiva del horizonte, describían como “infinita”, Barroso, que no deja de ser un viajero por los pliegues invisibles de una ciudad irreconocible, otea desde su ventana el horizonte quebrado de la ciudad. Y lo que se produce en el límite de la visión es menos una geografía hipotética que un cálculo acerca de un terreno biopolítico, “la cifra estadística, en definitiva incidental, representada por la cantidad de familias que habitaba las azoteas tugurizadas” (111).

Desde el momento que la frontera pasa menos por el territorio que por la población, son las ciudades las que se vuelven periféricas de un suburbio impreciso donde las frontera entre lo urbano y lo rural son cada vez más borrosas. El campo ingresa en la ciudad a través de las manzanas en ruinas, arrasadas por brigadas de topadoras —máquinas de producir escombros que “pampeanizaban instantáneamente” (159) el espacio de una ciudad que se desvanecía como un espejismo, flotando “como si fuera de aire, sobre la repetida llanura, amenazada por el agua y a merced de los dos océanos por los que estaba sitiada, uno líquido y el otro sólido” (126).

En fuga hacia el desierto contra el que había sido proyectada, “la ciudad se despoblaba, dejaría de ser una ciudad, y nada se hacía con los descampados” (159) llenos de escombros por entre los que volvía a aflorar la fuerza desdiferenciadora de un desierto latente, ominoso, virtual, que le pone fin definitivamente al “trastorno imaginativo” que en su *Radiografía de la Pampa*, Martínez Estrada atribuía a la “conmoción ideológica de unos veinte hombres ansiosos

del engrandecimiento de la Nación” (Martínez Estrada, 1991: 337)¹¹.

Sin la ambivalencia de los procesos de “destrucción creativa” que, en la lógica de la modernización, definen las transformaciones urbanas (Harvey 16),

la lenta extinción de la ciudad de *El aire*, el retorno del desierto aflorando entre las baldosas, constituye “una regresión perfecta” (159) a un mundo arcaico, propiciada por campañas masivas del gobierno que, mientras deja abandonado el espacio urbano a las fuerzas regresivas del mercado, promovía un virtuoso culto campero que compensara la destrucción de lo común en una Buenos Aires invivible.

Barroso registra toda una literatura publicitaria que, adelantándose a las ruinosas transformaciones del poder y la cultura, registra el cambio a la vez que lo induce, exhortando a identificarse con nostálgicas imágenes de la tierra y del campo en una ciudad que más que cambiar, desaparece “sin que [nadie] se diera cuenta de nada” (159). En efecto, la dominación ejercida sobre la territorialidad de la vida por un poder extraterritorial y ubicuo, global más que ambiental, actúa por medio de rudimentarias consignas nacionalistas difundidas a través de pasacalles o avisos en los periódicos que gravitan sobre la voluntad de los habitantes: “Ame el campo. La llanura argentina es imponderable”, “El aire del campo es sano y nuestro no por saludable sino por nuestro” o “Quien adora el campo es el único que merece llamarse argentino” (166).

Reducido a su cuerpo cada vez más quieto, Barroso se derrumba, mientras el “éxodo porteño” que comentaba otro artículo iba vaciando la ciudad de contingentes de pobladores que “cansados de asentarse y fracasar en uno u otro sitio sucesivamente, acaban dispersándose por el campo” (187). Pero el aire de campo

¹¹ En una entrevista de Mariano Siskind, el propio Chejfec comenta la relación de *El aire* con Martínez Estrada: “Lo que yo me había propuesto en *El aire* era darle forma narrativa a ciertos emblemas de Martínez Estrada (que) seguían funcionando en el inconsciente político de la Argentina. Entonces, vivir en Venezuela me sirvió como para ver en imágenes muy claras cómo podía ser esta Buenos Aires imaginaria, carcomida por el retraso, la pobreza y la decadencia” (Siskind 35-46; citado por Laera 43). En “Anomalías. Sobre la narrativa de Sergio Chejfec”, Beatriz Sarlo reconoce en el paisaje urbano de Chejfec una inversión del proceso de *llenado* al que Martínez Estrada somete sus representaciones de la ciudad: “En los treinta y cuarenta, Martínez Estrada creyó diagnosticar un exceso de ciudad. En los noventa, Chejfec cree percibir un deterioro y una falta. Des-conocemos la ciudad” (397).

se había vuelto irrespirable. El campo que evoca la campaña a favor de la llanura está vaciado de posibilidades, y no retiene ninguna promesa: interrumpe el lenguaje y coarta las aptitudes intelectuales de sus pobladores, desvitalizados e “impávidos como los animales que debían vigilar” (167).

¿Habrá, para alguien como Barroso, alguna chance de vivir afuera, de vivir en lo invivible de la vida y sus repeticiones, de cambiar de aire? Barroso agoniza junto con los imaginarios civilizatorios que hicieron de la distinción entre naturaleza y cultura el horizonte de las definiciones y políticas de las culturas nacionales latinoamericanas. El problema no es, si es que lo fue alguna vez, el pasaje de la naturaleza a la cultura o, en clave latinoamericana, de la barbarie a la civilización, sino la imbricación entre la *vida nuda* –la vida no personal del sujeto– y la política de modernización del capital, un poder de animalizar y trazar fronteras que pasan por cuerpos como los del pobre Barroso que, desangrándose en el fin mismo de la historia, entre las ruinas del fracaso personal y el desvanecimiento del sueño colectivo, ilumina con su agonía la violencia del abandono.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2007). “La inmanencia absoluta”. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (eds.). Buenos Aires: Paidós.
- Bioy Casares, Adolfo (1969). *Diario de la guerra del cerdo*. Buenos Aires: Emecé, 1969.
- Borges, Jorge Luis (1982). “El arte narrativo y la magia”. *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé.
- Cavalletti, Andres (2010). *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Colectivo Situaciones (2002). *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: De mano en mano.
- Chejfec, Sergio (2005). *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*. Buenos Aires: Norma.
- [2008 (1992)]. *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Davis, Mike. “Planets of Slums. Urban Involution and the Informal Proletariat”, *New Left Review*, 26, marzo-abril 2004, pp. 5-34. [Trad. “Planeta villa miseria. Involución urbana y proletariado informal”]
- (2007). *Planets of Slums*. New York: Verso.
- De Certau, Michel (1990). *L'invention du quotidien. 1 Arts de faire*. Paris: Gallimard.
- Deleuze, Gilles (2007). “Inmanencia: una vida...” *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (eds.). Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michel (2004). *Seguridad, territorio y población. Cours au Collège de France 1977-1978*. Paris: Gallimard.
- (2004). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*. Paris: Gallimard.
- (2005). *Historia de la sexualidad. Vol. I. La voluntad de saber*. Trad. de Ulises Guiñazú. Buenos Aires; México: Siglo XXI.
- Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Giorgi, Gabriel (2004). *Sueños de exterminio*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Horne, Luz (2011). *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Harvey, David. *The Condition of Posmodernity*. Cambridge, MA & Oxford: Blackwell, 1989.
- Jameson, Fredric (1996). *Teoría de la posmodernidad*. Trad. de Celia Montolio Nicholson y Ramón del Castillo. Madrid: Trotta.

- Laera, Alejandra (2014). *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ludmer, Josefina (2010). *Aquí América latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Marazzi, Christian (2011). *Capital and Affect. The Politics of the Language Economy*. Trad. Guisseppina Mecchia. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1991). *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada.
- Rancière, Jacques (1991). *Breves viajes al país del pueblo*. Buenos Aires Nueva Visión.
- (2015). *El hilo perdido. Ensayos sobre ficción moderna*. Trad. María del Carmen Rodríguez. Buenos Aires: Manantial.
- Sarlo, Beatriz (2007). "Anomalías. Sobre la narrativa de Sergio Chejfec". *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2009). *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Siskind, Mariano. "Entrevista a Sergio Chejfec". *Hispanamérica*, año 34, número 100, abril de 2005, pp. 35-46.